

Las extrañas 'raves' del Renacimiento

El "brote" de danza (sin música alguna) más virulento se produjo en el verano de 1518 en Estrasburgo. Siglos después aún se desconocen las causas exactas del misterioso fenómeno

Sergio del Amo

El 14 de julio de 1518, en Estrasburgo, una mujer llamada Frau Troffea salió de su casa y empezó a bailar. No sonaba música alguna. Aparentemente, tampoco tenía nada que celebrar. Su esposo, al verla, le imploró que parase de inmediato. De poco sirvieron sus palabras: durante horas no cesó de moverse descontroladamente, como si estuviera poseída, sin comer ni beber.

Al caer la noche, agotada, se desplomó en el suelo. Pero, a la mañana siguiente, con los pies hinchados y ensangrentados, volvió a ponerse en pie y continuó danzando. Según crónicas de la época, aquel impío espectáculo duró entre tres y cuatro días. Las autoridades, sin saber qué hacer, terminaron enviándola a un santuario de Saverne consagrado a San Vito, ya que creían que el mismo santo que la había maldicho era el único capacitado para curarla. Y por insólito que parezca, así fue.

Lo que nadie presagió entonces es que muchos otros vecinos se sumarían a esa histeria danzante. Cuando Troffea fue llevada a Saverne, se contabilizaron 33 personas contagiados en las calles de Estrasburgo. Al cabo de un mes, la cifra se elevó hasta los 400. Los alienados bailarines, en realidad, pedían auxilio a sus conciudadanos. Ni disfrutaban ni querían formar parte de esa catarsis.

Una 'rave' en la plaza

Al mutar en un baile epidémico, los dirigentes consultaron a los médicos

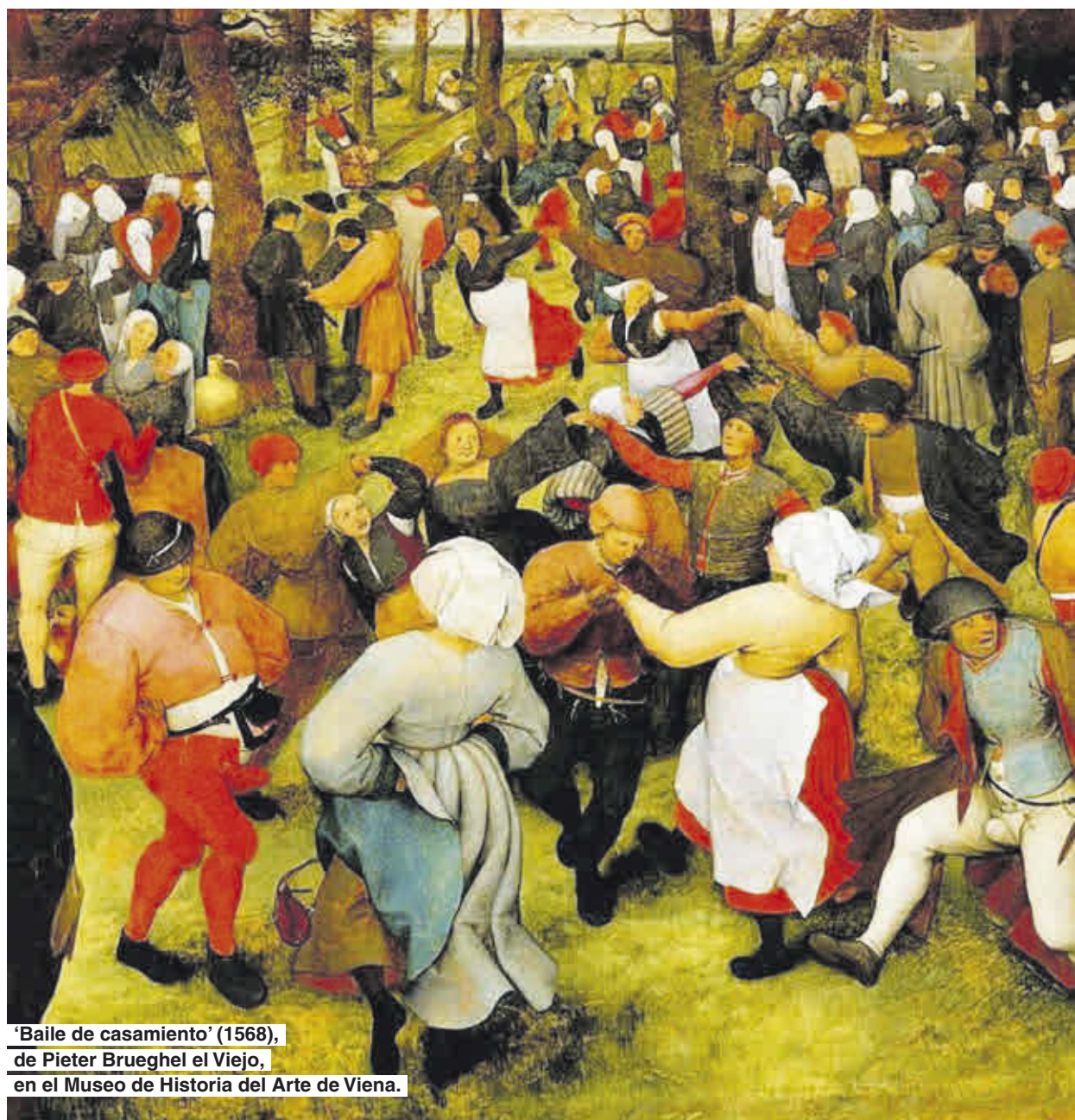
locales. La mayoría concluyeron que el arrebato era consecuencia de la llamada sangre caliente, una enfermedad causada por el aumento de temperatura del flujo sanguíneo.

Ahora bien, lejos de prescribir sangrías —uno de los remedios más comunes de la época, que consistía en extraer grandes cantidades de sangre— optaron por construir un enorme escenario en el mercado de caballos de la ciudad. También, por incomprensible que parezca, contrataron a una docena de músicos porque consideraron que el mejor tratamiento posible era aún más baile.

Desde la distancia, la escena podía asemejarse a la de una rave. Pero el remedio fue peor que la enfermedad: murieron una media de 15 personas al día por derrames cerebrales, infartos y agotamiento. Ante ese fracaso, los afectados fueron trasladados al santuario que meses antes había pisado Troffea. Al igual que ella, milagrosamente, todos sanaron. A principios de septiembre, de forma paulatina, la epidemia cesó completamente.

Coreomanía

A este particular suceso se le conoce como coreomanía o baile de San Vito. El de Estrasburgo no fue el único, sino simplemente el mejor documentado: se tiene constancia de que con anterioridad, entre los siglos XIV y XVII, hubo más de 10 a lo largo de los ríos Rin y Mosela. En España no se vivió nada igual durante la Edad Media, pero en Italia se produjo un fenómeno similar bautizado con el nombre de tarantis-



'Baile de casamiento' (1568), de Pieter Bruegel el Viejo, en el Museo de Historia del Arte de Viena.



San Vito, considerado el patrono de los epilépticos, murió en aceite hirviendo a los 13 años.

mo.

Mucho se ha especulado sobre qué motivaba a los coreómanos bailar hasta que su cuerpo dijera basta. Durante tiempo se sugirió que el culpable podría haber sido el comezuelo, un hongo alucinógeno —con efectos muy parecidos a los de la dietilamida de ácido lisérgico (LSD)— que proliferaba en las espigas del centeno y en otros cereales. No obstante, la teoría se descartó porque, como obstruía el flujo sanguíneo, dificultaba el movimiento de las extremidades.

En el libro publicado en 2009 *Tiempo para morir: La extraordinaria historia de la plaga de baile de 1518*, el his-

torador John Waller formuló otra hipótesis: lo acontecido en Estrasburgo fue un primigenio episodio de histeria colectiva. Es decir, un ataque de ansiedad grupal, argumento que explicaría casos como las falsas brujas de Salem o el Gran Miedo de 1789 en Francia.

De acuerdo con Waller, tras una serie de malas cosechas, hambruna, calor extremo, inestabilidad política, la llegada de la sífilis y la creencia popular de que los espíritus enojados —San Vito, por ejemplo, podía infligir una maldición sobre la población—, el baile les ayudó a sobrellevar su desdichada existencia.

Independientemente de estas diser-

Facendera

Oscar García Sierra
Anagrama, 160 páginas

La facendera es un tipo de trabajo comunitario que moviliza a todo un pueblo con un mismo fin. El narrador de esta novela le explica el término a Aguedita en medio de una fiesta, en la que le cuenta una historia sobre el hijo de la farmacéutica y la hija de El de los piensos, sobre un pueblo leonés donde han clausurado las minas, se va a demoler la central térmica y no hay futuro alguno. Una historia sobre gente sin expectativas que consume ladrillos. Y también una historia de amor, de coches tuneados y quedadas en el parking de la gasolinera, de polvos en las ruinas de la ermita, de experimentos con gallos.



El último graduado

Naomi Novik
Umbriel, 378 páginas

"El conocimiento otorga protección". Ese es el lema oficial de la Escolomanía. Este colegio hace todo lo posible por devorar a sus alumnos, pero ahora que la protagonista está en último curso y ha conseguido unos cuantos aliados, ha desarrollado un antojo de lo más particular. La amenaza de la graduación cobra un peso significativo al tiempo que la innovadora trilogía de Naomi Novik, superventas del New York Times, continúa con la secuela de "Una educación mortal". Con un humor mordaz, Novik nos recuerda que a veces no basta con reescribir las reglas: de vez en cuando, hay que hacerlas pedazos.



Las hermanas Materassi

Aldo Palazzeschi
Periférica, 344 páginas

Teresa y Carolina son dos hermanas en la cincuentena que siempre han estado juntas y que se ganan la vida como costureras de lencería fina en un pueblito a las afueras de Florencia. Por sus manos pasan los ajueres de todas las muchachas casaderas de las buenas familias de los contornos; su fama de excelentes artesanas les ha granjeado la prosperidad de su negocio, el incesante desfile de las señoras de la aristocracia y la curia florentinas... pero antes tuvieron que cargar desde jovencitas con las consecuencias de tener un padre derrochador que dilapidó el patrimonio familiar. S. R.

